

UN ASOMBRO VERBAL PARA UN DESCUBRIMIENTO:
LOS CRONISTAS DE INDIAS
(COLÓN, CORTÉS, BERNAL, LAS CASAS)

Alicia LLARENA GONZÁLEZ
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Los primeros testimonios del Descubrimiento de América estaban destinados a revelar no sólo una porción de realidad que haría crecer el perfil espacial del mundo conocido, sino, sobre todo, un vasto espacio que aumentaría, como ninguno, amplias zonas de la conciencia no previstas hasta entonces. La ansiedad de Europa por fomentar su ánimo expansivo, solidificado incluso por cierta tradición cultural y literaria sujeta a "lo maravilloso", encuentra en el continente americano mucho más que una realización pragmática y física de sus ideales; así, tal acontecimiento proyecta sobre la historia dos fuerzas paralelas, de las que nos interesa, evidentemente, la segunda: por un lado, se genera una ampliación de los dominios del mundo colonial, que reorganiza de ese modo la dinámica social en sus variadas manifestaciones; por otra parte, el encuentro con lo "insospechado" aumentará, desde el primer momento, la percepción y el centro de la conciencia occidental. Por ello, el encuentro con lo desconocido no sólo exterioriza la emoción que todo contacto con lo ajeno nos provoca, sino que proporciona, también, el acceso directo hacia el reconocimiento de la diversidad, alumbrando cierto matiz relativista que no hizo más que inaugurarse en las primeras letras del continente americano.

El Descubrimiento fue al mismo tiempo un proceso final y un principio para una misma vocación imaginaria, es decir, la realización concreta de aquellos "topos imaginarios"¹ que habían subyugado la tradición literaria occidental, y la fijación, o el punto de partida de esos mismos "imaginarios" como descripción explicativa del Continente, como definición casi realista de su carácter esencial. A ello contribuye especialmente el hecho de que su desconocimiento fuera absoluto, radical, y su aparición un acontecimiento

¹ Fernando Ainsa utiliza la expresión para referirse al caudal de leyendas medievales que "premeditaron" en gran medida la revelación del continente como "fantástico".

imprevisible,² no así como el de otros continentes cuya existencia, si no profundizada, al menos era conocida.

Esta reflexión preliminar nos permitirá entender cualquier signo de asombro o admiración en las crónicas de Indias, no sólo como anotación espontánea ante "lo nuevo", sino a manera de camino verbal hacia el reconocimiento de la diversidad, como signo lingüístico de una interrogación fatal que acaba siendo, al poco tiempo, productiva. Del conocimiento frágil y espontáneo que revelan los textos de Colón, a la defensa "literaria" (en cuanto que retórica e hiperbolizada) del padre Las Casas, sólo hay un trecho temporal que la lengua misma se encargará de revelarnos, y que traza los signos de la reacción occidental desde la sorpresa hasta la integración.

Antes de establecer ese proceso verbal que se alumbra en los cronistas como adaptación a un nuevo espacio vital que ha de ser designado con la palabra que no le pertenece, ni acaso se le adecúa, habrá que insistir en el múltiple carácter de esos primeros textos cuya finalidad literaria fue siempre secundaria. Tal vez sería recomendable no olvidarnos nunca de que "por definición, todo informe es mentiroso" (Blanco, 1989: 31), de tal modo que la inocencia (o la perversidad) en las anotaciones sobre América no nos parezcan "rasgos de estilo". Ya señalaba Anderson Imbert hace años el peligro de "emocionarnos" con Colón, de "colaborar imaginativamente con él", hasta que sus descripciones, desnudas (y, añadamos, reiterativas) se convirtieran en "rasgos estéticos" de nuestra percepción (Anderson, 1987: 19). Sin embargo, en ocasiones, "la mentira" o la "colaboración" del lector sobre el texto es, más que una deficiencia, un síntoma de la "reacción", no ya del hombre, sino también de la palabra misma, para advertir y subrayar el enfrentamiento, en cualquiera de sus grados, sobre "lo otro".

El deseo de autenticidad es uno de los gestos más convincentes de los cronistas, sobre todo en lo que se refiere al relato de "lo maravilloso", "lo excepcional" en el Continente. Más allá de la relación de hazañas personales, de la escritura histórica precisa o no, fidedigna o interesada, más allá incluso del relato "trucado" para captar la atención de los lectores, la lengua de los cronistas es un espejo preciso que encierra un asombro si no ingenuo, sí desde luego "auténtico". Tal vez sea ésta la única y verdadera "autenticidad" que quedó de ese primer deseo de sus autores, tras limar el engaño que iba en pos de la fama. Quizá, como se ha dicho en ocasiones, también el exceso de "maravilla", la intensificación de "lo extraño" y "lo

² Evzetan Todorov afirma: "El encuentro más asombroso de la historia occidental es sin duda el Descubrimiento de América o, más bien, de los americanos. En los descubrimientos de los otros continentes no hay verdaderamente ese sentimiento de extrañeza radical: los europeos no ignoraron nunca del todo la existencia de África, o de la India, o de la China; el recuerdo está siempre ya presente, desde los orígenes" (Todorov, 1979: 62).

distinto" del paisaje americano, no sean más que reclamos hacia lo descubierto, la sutil construcción de un sustrato de curiosidad que arrancarían los favores de la Corona. Pero no por ello dejan de ser, esas mismas anotaciones, reconocimiento de un asombro difícil de evitar. O, en otras palabras, no por exageradas o "conscientes" se despojan de su sinceridad.

Un recorrido por los textos que narran el contacto primerizo con el continente americano nos permitirá comprobar hasta qué punto su lengua registra el mismo "escalofrío" que sintiera el hombre y de qué modo intenta éste adecuarse a una realidad que le supera por sorpresa. Son muchas las ocasiones en las que el cronista, desbordado por la realidad, acude a ciertos recursos que intensifican en el lector el efecto de lo "maravilloso"; pero, asimismo, también son frecuentes, aquellas otras en que el único camino verbal parece ser, precisamente, la negación de la capacidad del verbo. Colón inicia ese baluceo lingüístico:

"[...] mil maneras de frutas que me es imposible escribir",³ "que no hay persona que los sepa decir",⁴ y con ello asienta al mismo tiempo la búsqueda de los cronistas posteriores por encontrar una palabra a la medida de lo que, de algún u otro modo, habla que designar. Hernán Cortés coincide en esa fórmula y repite, en los momentos estelares de su "asombro", que "no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades de ella" (Cortés, 1988: 61), que "para dar cuenta[...] de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas de esta gran ciudad de Temixtitan, [...] sería menester mucho tiempo y ser muchos relatores y muy expertos" (*ibid.*: 62). Pero acaba aceptando, a su paso por los mercados de la ciudad, su desconocimiento, su lógica ineficacia verbal: "que por la prolijidad[...] y aún por no saber poner los nombres, no las expreso" (*ibid.*: 63). Es este primer reconocimiento de las limitaciones del idioma que encontramos en Colón y esa ausencia de "nombres" que Cortés indica necesarios para definir la realidad americana lo que genera en autores como Bernal el "acriollamiento de la palabra", esto es, el deseo de operar en su discurso un mestizaje lingüístico capaz de suplir, en parte, ese vacío entre la lengua y la realidad. (Nótese incluso que, a juicio de Cortés, era necesario añadir a la capacidad designativa del lenguaje, un buen trabajo literario, el concurso de "muchos relatores y muy expertos".)

Tal vez el extremo deseo de "veracidad", la obsesión por el detallismo, aumentó en Bernal la necesidad de tomar cierto material lingüístico de las lenguas indígenas. Y, precisamente porque constituye un ejemplo incipiente de adaptación a la nueva realidad, adelanta un nuevo paso al sugerir,

³ Primer viaje, 4 de noviembre.

⁴ Primer viaje, 16 de noviembre.

constantemente, el concurso de la "visión directa" que la certificara. Así dirá que "una cosa es haberlo visto la manera y fuerzas que tenía que no como lo escribo" o, en su paseo por el mercado de la antigua ciudad de México, que ocupa varias páginas, exclama: "Qué quieren más que diga, [...] es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas" (Díaz, 1989: cap. 91). "Ya querría haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendían, porque eran de tan diversas calidades, que para que lo acabáramos de ver e inquirir [...] en dos días no se viera todo" (*ibid.*: cap. 92). Ya no se trata, como antes, de la capacidad del idioma para enfrentarse al Nuevo Mundo, sino de la incapacidad del lenguaje para hacerlo creíble, y veraz, en su lectura.⁵

A partir del momento en que los cronistas reconocen tales dificultades, el enriquecimiento de su lenguaje es paulatino. El esfuerzo por fijar "lo extraño" acude tanto a un material de orden semántico como a ciertas "actitudes literarias" y genera en casi todos un "akude verbal", que adquiere mayor o menor grado, pero que es siempre pertinente en la fijación de la novedad americana. Desde el uso del término "maravilla", que prodiga Colón, hasta la poeticidad del Inca Garcilaso, existen distintos procesos en que se formaliza la extrañeza.

Uno de ellos, tal vez el primero por ser el más cercano, es la aplicación del "comparativismo". Abunda en nuestros autores la rememoración de lo conocido como conjunto viable donde reflejar las visiones nuevas. Así, tanto el "tiempo como abril en el Andalucía"⁶ como las razones que inducen a Cortés a llamar a aquellas tierras "Nueva España", establecen paralelos a través de los cuales se penetra razonablemente en lo otro. Sin embargo, este recurso comparativista logra su objetivo no por la asimilación que establece, sino por la diferencia que origina. Poco a poco nuestros cronistas amplían los horizontes de la comparación a fin de constatar lo insólito del mundo descubierto. Bernal, por ejemplo, señala a esos "soldados que habían estado en Constantinopla e en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño e llena de tanta gente no la habían visto" (*id.*), después de que Cortés ya hubiera recurrido al mismo método como expresión sintetizadora de su asombro,⁷ y antes de que el mismo Las Casas tuviera que acudir no sólo a países, sino

⁵ Con anterioridad, también Colón y Cortés advirtieron de modo ocasional la experiencia directa como único modo de credibilidad: "[...] bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimiento comprender" (Cortés, 1988: 62).

⁶ Del primer viaje, 16 de diciembre.

⁷ Dirá Cortés: "[...] y por tanto no me pondré en expresar cosa de ellos mas de que en España no hay su semejable" (*ibid.*: 67).

incluso, a continentes para expresarlo.⁸ En principio, el comparativismo fue siempre reduccionista (al considerar a América como semejante a España): pero salir de él, nos conduce directamente no ya al resto de lo conocido, sino a lo imaginado: es el momento en que Bernal toma al *Amadís* como referencia para explicar (comparar) la maravilla. Esta técnica de apariencia simple inaugura, sin embargo, una fundamental anotación que ya Fernando Ainsa señalara como gesto indiscutible de Colón: desde el instante en que la alteridad empieza a definirse a partir de la comparación, reconocemos que "la maravilla del mundo es proporcional a su diversidad" (Ainsa, 1988: 14). Y añadamos, además, que a partir de esa misma anotación se abre el paso hacia el entendimiento, o el reconocimiento, del territorio americano. Tan es así que, como apuntara Autonello Gerbi, en muchas ocasiones la ecuación América=España, "aunque ya un tanto atrevida, es sólo un trampolín para la hipérbolo" (Gerbi, 1978: 32-33),⁹ situación que nos lleva enseguida a la defensa continua de Las Casas. Este último no repara en hiperbolizar la grandeza mexicana a través del contraste con otras ecuaciones más audaces que las del mismo Colón, como argumento y señal "de la invención exquisita y extraña", de la "sotileza de ingenio en estas gentes" (Las Casas, 1958).¹⁰

Tras esta experiencia comparativista a través de la cual se encuentra un canal para explicar el contraste, la diferencia, se acude a otros gestos verbales en los cuales se puedan reconocer de inmediato las señales del asombro. Walter Mignolo ha señalado en Colón el uso de modelos literarios, no ya como "actitud escritural", sino como mecanismos destinados a marcar la sorpresa (Mignolo: 62); su insistencia en la naturaleza, aunque se interprete como descripción interesada, resulta "artificial" en cuanto sigue precisamente la moda idílica del tiempo. Asimismo en Cortés, el mismo hecho de detenerse breves instantes en relatar las maravillas de la ciudad mexicana, es indicativo de su placer y desconcierto, pues entregado al relato de sus hazañas no puede sobreponerse a sus visiones, y descansa por un instante en ellas. Bernal Díaz del Castillo, por su parte, a través de la que Rico definiera como "retórica de la llaneza" o "la astucia del candor"

⁸ "Porque ni en Roma, ni en Tebas, ni en Menfis, ni en Atenas, que fueron ciudades nominantísimas y donde rebosaba la religión y rito de los ídolos e idolatría, no se lee que hobiesen tantos[...] Pues fuera de aquellas ciudades, en toda la Europa, ni Asia, ni Africa[...] no habían tantos como en sola la Nueva España" (Las Casas, 1958).

⁹ Así define Gerbi el salto de Colón de la semejanza a la diferencia en su descripción de la Isla Española.

¹⁰ Efectivamente, Las Casas, fuera de la comparación con lo español, añade a sus notas descriptivas del templo mayor de la ciudad de México lo siguiente: "Y así, aquel de Tebas en esto no excede a este mexicano, antes queste, en ello y en muchas otras cosas le hacen ventaja" (Las Casas, 1958: cap. 132).

(Rico, 1989: 10), en su lenguaje nos introduce en lo maravilloso de un modo natural, haciéndonos partícipes de un universo que logra ser, así, comunicado. También Ramón Iglesias resaltaba en Cortés esa "naturalidad con que acepta lo maravilloso" (Iglesia, 1980: 21), pero de algún modo está condicionada por su excesivo afán conquistador. En Bernal es un efecto del lenguaje. En Cortés lo es de la ambición y, más allá, de la confianza en su superioridad. Al entrar, finalmente, en fray Bartolomé de Las Casas, tropezamos enseguida con sus frecuentes y, de hecho, sistemáticas exageraciones, hasta el punto de constituirse en rasgo esencial de su estilo. A menudo, tales hipérboles, reconocidas como procedimiento estilístico de su prosa, están destinadas a "realzar la veracidad" (Saint-Lu: 125) de su discurso. Pero también hay que entenderlas como un lenguaje cuyos efectos son rápidos, directos, en la lectura. De esta forma, más que realzar la veracidad (que en ocasiones entorpece) sus hipérboles, persiguen alumbrar en el lector un vínculo vital con el mundo descubierto, efectuar en ellos la misma operación que la visión de América produjo en nuestro fraile: no sólo la búsqueda de la verdad, sino también la de su reconocimiento en la conciencia de los otros. Lewis Hanke ve en los misioneros de América a los "primeros relativistas culturales" (8), y de esa función social, de ese reconocimiento de la pluralidad cultural no están exentas, precisamente, sus exageraciones. Y no sólo, claro está, las que se realizan en su lengua, sino aquellas otras que se fundan en su ingenio: al describir el gran templo de la ciudad de México ignora por completo las salas del sacrificio, la sangre que Gómara, Cortés y algunos otros describirían antes que él. Esta selección del material narrado tiene el mismo destino que los mencionados recursos anteriores: llamar la atención sobre lo nuevo, engendrar curiosidad por la grandeza descubierta.

Tanto como la exageración en Las Casas, el detallismo en ocasiones abusivo de Bernal responde a un interés que en principio no era literario: había que mostrar la diversidad (esto es, la riqueza) del Nuevo Mundo a la Corona (Colón), y cada pedazo de la tierra suponía en los cronistas un metro de esperanza más para la creación personal de la fama (Cortés), la veracidad no menos deseosa del honor (Bernal), o la defensa de la dignidad de los indígenas (Las Casas). Pero amén de satisfacer la curiosidad de los otros, el registro minucioso de Bernal puede verse también como un signo verbal de la sorpresa que toda contemplación de la diferencia produce. Nada más acorde con el deseo de veracidad, con el empeño de hacerla creíble, que expresarla en todas sus proporciones y fragmentos, que yuxtaponer los datos (las palabras) en la mente del lector. Como si no bastaran para explicar aquel "Quedaba espantado de ser tan grande la isla Española" que el 12 de enero sentía Colón.

Habría que anotar también que, en ciertos momentos, la percepción siempre subjetiva de la realidad responde al estímulo que lo americano representa de un modo igualmente personal, anímico e intransferible. De esta forma, a la hora de nombrar las distintas tierras de la América descubierta, no sólo se recurre a aquellos nombres que responden a la percepción occidental (isla Española, Nueva España), sino a aquellos otros que eternizan la primera impresión física de la curiosidad ("entonces estaba diciendo en su lengua: 'cones cotoche, cones cotoche', que quiere decir: 'andad acá, a mis casas'. Por esta causa pusimos por nombre aquella tierra Punta de Cotoche y así está en las cartas de marear") (Díaz del Castillo, 1989: cap. 2) y sobre todo, a los que quieren así testificar la visión maravillosa ("al cual puse nombre Cabo Feroso, porque, así lo es"),¹¹ como sucediera en el caso de Colón. Se deduce así, como señala Pupo-Walker, que "la historiografía americana es excepcionalmente creativa cuando se inclina para observar el acontecimiento individualizado que sobresale en el devenir histórico" (Pupo-Walker, 1982) alumbrando así el primer momento de la invención en América Latina.

Al repasar, finalmente, aquellos rasgos que hemos ido señalando como síntomas verbales del asombro, se intuye también el proceso de adaptación a la nueva realidad que se basa, fundamentalmente, en el reconocimiento de esa insólita experiencia. Su grado más profundo se alcanza cuando Las Casas, haciendo uso de esas anotaciones admirativas en los textos anteriores, las emplea como argumento en su defensa de las Indias.

Ciertamente, aquella lengua que reconoció su dificultad para explicar la magnitud del Descubrimiento, el comparativismo capaz de realzar la riqueza distinta de lo nuevo, el esfuerzo de la palabra por alcanzar un mestizaje que de la lengua se traslada al pensamiento (y viceversa), la reiterada necesidad del concurso de "la vista" como único medio para certificar la sorpresa, la hipérbole que reclama de un modo extremo la atención sobre "lo otro", el asombro comunicado a la altura de lo normal o cotidiano, los nombres apoyados en visiones idílicas, o en percepciones fonéticas primerizas, y hasta la selección intencionada del material maravilloso que debía narrarse para provocar efectos o demostrar aquellos hechos encuentran en Las Casas a uno de sus herederos principales. También él seleccionó la realidad que más le impresionaba o seducía para seducir a su vez a los demás. Recoge, por un lado, el mensaje admirativo de los cronistas anteriores, y enarbolando esas mismas notas de admiración como argumento no sólo eficaz sino convincente por ser auténtico y fruto, sobre todo,

¹¹ Primer viaje, 19 de octubre.

de un reconocimiento general, inicia así un mensaje que en el Inca Garcilaso encuentra un resumen ejemplar.

Si es cierto que la subjetividad de los cronistas desdibuja en ocasiones la verdad historiográfica, no lo es menos el hecho de que, con distinta intensidad, todos ellos registraran la emoción del encuentro con "lo otro". Como si fuera, según dijimos al principio, la única porción verificable (verdadera) en esos textos.

Por ello, el "Sí hay muchos mundos", que encabeza el Libro Primero de los *Comentarios Reales*, es un producto de ese esfuerzo anterior, de algún modo colectivo, intensamente lascasiano, cuya interrogación primera había empezado en el lenguaje, y cuyo eslabón último acaba defendiendo aquello que penetra a través de él. Hernán Cortés se extasiaba ante las creaciones de la civilización azteca, admitiendo entonces que era "admirable ver [la razón] que tienen en todas las cosas", y esbozando así cierto grado de respeto cultural. A través de las creaciones culturales (lenguaje también del mundo) llega hasta el hombre. Y ya que, convendremos en ello, la lengua no posee más aliento ni intención que la que el hombre, precisamente, alienta, todos esos rasgos que hallamos en las crónicas no han hecho sino testificar, en realidad, la sorpresa del ser ante el presagio de una región que iba a aumentar, como ninguna, la riqueza, la diversidad de la conciencia universal.

BIBLIOGRAFÍA

- Ainsa, Fernando, *Alteridad y diversidad en el discurso fundacional de Cristóbal Colón*, París, UNESCO, 1988.
- Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, tomo I.
- Blanco, José Joaquín, *La literatura en la Nueva España (Conquista y Nuevo Mundo)*, México, Cal y Arena, 1989.
- Colón, Cristóbal, *Textos y documentos completos*, Madrid, 1982.
- Cortés, Hernán, *Cartas de Relación*, México, Porrúa, 1988.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Barcelona, 1989.
- Gerbi, Antonello, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- Hanke, Lewis, "El significado teológico del descubrimiento de América", *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 298.
- Iglesia, Ramón, *Cronistas e historiadores de la Conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, México, El Colegio de México, 1980.
- Las Casas, Bartolomé, *Apologética historia*, Madrid, 1958.
- Mignolo, Walter, "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista", en *Historia de la literatura hispanoamericana: época colonial*, tomo I, coordinación de Íñigo Madrigal, Madrid, Ediciones Cátedra, pp. 57-125.

Pupo-Walker, Enrique, *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*, Madrid, Gredos, 1982.

Rico, Francisco, "Todo delante de los ojos", prólogo a Díaz del Castillo, *op. cit.*

Saint-Lu, André, "Bartolomé de Las Casas", en Anderson Imbert, *op. cit.*

Serés, Guillermo, "Noticia de Bernal Díaz del Castillo", en Díaz del Castillo, *op. cit.*

Todorov, Tzvetan, "Cortés y Moctezuma: de la comunicación", *Vuelta*, núm. 33, agosto de 1979, pp. 20-25.